

Rainer Kessler, *Historia social del antiguo Israel*, Salamanca: Sígueme 2013, 334 p.

La historia de Israel constituye una de las materias fundamentales para la investigación bíblica, aunque su importancia no ha sido siempre adecuadamente sopesada. Condiciona enormemente la exégesis de los textos, pues es el entramado sobre el cual, consciente o inconscientemente, se construye una concepción concreta sobre Israel y su divinidad.

Los cambios metodológicos en el estudio de la historia y el desarrollo de la exégesis bíblica desde finales del siglo XIX han permitido una gran evolución en una disciplina reticente, a priori, a ser analizada desde nuevos ángulos. La obra del alemán Rainer Kessler, *Historia social del antiguo Israel*, publicada por la editorial Sígueme, da un paso más en la metodología historiográfica y en las repercusiones que nuevos acercamientos y preguntas tienen para la interpretación de los textos bíblicos y el conocimiento del mundo antiguo. Se trata de una obra breve dividida en dos partes y diez capítulos a los que acompaña una excelente introducción y unas breves conclusiones.

El estudio se inicia exponiendo qué es la historia social, cuáles son sus presupuestos y método, y cuándo, cómo y por qué surge. Enuncia, igualmente, sus discrepancias con otros métodos de acercamiento a la historia de Israel y sitúa su estudio en la línea de N. P. Lemche, R. Albertz, P. McNutt, N. K. Gottwald y D. Pleins, pero con importantes matices. Es decir, en cierta medida recoge el testigo de los *Annales*, pero añade los acentos particulares de la historiografía británica, americana y germana de la década de los noventa y principios del siglo XXI y dialoga con los planteamientos más actuales sobre la historia bíblica.

La metodología es la que determina las diferencias en la concepción de esta historia de Israel con trabajos previos y la que justifica la novedad de sus acercamientos. El planteamiento del profesor germano se opone a una historia claramente definida en períodos y protagonizada por grandes personajes, y centra su análisis en las estructuras familiares y grupales, y en cómo éstas determinan los acontecimientos y el modo de afrontarlos. Prioriza el análisis de las formas de agrupación, relación y organización social, es decir, aspectos que, si bien son aparentemente más difusos o secundarios en la historia tradicional, perduran a lo largo del tiempo. La *historia social* comparte con la clásica historia de las formas el interés por el *Sitz im Leben* o situación vital de un género o grupo particular pero, a diferencia de ésta, profundiza en los intereses y repercusiones que subyacen en ella y en los textos que la reflejan. Según Kessler «hay que poner de relieve esa red de intereses, buscar sus condicionamientos y comprender la interacción entre ellos, así como sus procesos de cambio» (p. 13). La historia social, como investigación de la estructura de una sociedad a lo largo del tiempo, comporta el intento de conectar entre sí los elementos estáticos y los dinámicos, es decir, aquellos que permanecen y los que se van modificando, muchas veces de modo imperceptible y otras de modo abrupto y vertiginoso. Busca captar la forma –o las diversas formas– que adoptó la socie-

dad y que permanecieron estables durante periodos bastante prolongados, por ejemplo la familia. Por ello, se centra en aspectos que discurren con cierta lentitud y ello le exige de centrarse en cada acontecimiento. Puede permitirse cierta imprecisión controlada en lo que respecta a la datación y manejar categorías generalizadoras. Frente al evento enmarcado en tiempo y espacio delimitado, enfatiza el valor del proceso y de la multiplicidad de circunstancias que lo originan, aunque ni se definan ni se expliciten, pues, paradójicamente perduran a través de los relatos. Aquello que parece secundario se transforma para la historia social en un elemento definitorio.

La primera parte del estudio lleva como título genérico «Los métodos para el estudio de la historia social de Israel». En línea con el método de la historia social afirma que la clave para la historiografía bíblica está en considerar de modo integrado todas las fuentes –bíblicas y extrabíblicas– y en articular, por tanto, elementos como la geografía, arqueología, historia de los pueblos circundantes y la historia del texto bíblico. Centrarse en componentes que perduran a lo largo del tiempo y no en acontecimientos concretos permite sacar a la luz elementos históricos y superar la dicotomía entre “verdad y falsedad” de los textos y sucesos narrados. Lo relevante no es el análisis de un único relato o acontecimiento sino la veracidad de las estructuras y la plausibilidad de los hechos transmitidos. Para salvar el escollo sobre historia e historicidad afirma que lo importante no es la historicidad de los personajes, sino el entorno en el que los presentan sus autores. Por ello, aunque fuera posible escribir una historia social de Israel sin referencia a la Biblia Hebrea, desde el punto de vista histórico-metodológico no sería procedente porque ninguna historiografía puede prescindir totalmente de una parte de sus fuentes, sino que tiene que examinarlas críticamente. El análisis de lo social acentúa el valor de los pequeños signos, pequeños restos arqueológicos y estructuras socio-económicas cotidianas.

La historia social de Kessler permite terminar con la idealización de Israel como gran pueblo con una identidad muy fuerte y claramente definida. Por medio de una valoración adecuada del entorno geográfico y del espacio vital, se enfatiza la continua convivencia de los grupos de Israel con otros pueblos y ciudades, de los que depende su desarrollo y a los que está estrechamente ligado. La población de Israel, asentada en una tierra de tránsito, es por naturaleza mixta y en su memoria se conserva la certeza de no ser natural de la zona. El autor elimina la idea de ocupación total del territorio, una de las precomprensiones más asentadas en el estudiante y el investigador, y pondera la idea de convivencia multicultural y plurirreligiosa a lo

largo de toda su historia. En relación con las sociedades del entorno, Israel y Judá son siempre la cultura más débil, dominada, y ello condiciona su visión de «los otros» y la idealización en la relectura de su pasado. Su fragmentación, condicionada por su geografía y demografía, hace que el componente político de la región sea, por lo general muy pequeño.

La *segunda parte* se expone bajo el título “Las épocas de la historia social de Israel”. En ella, fundamentalmente a través de dos categorías sociales, se analizan las distintas etapas de la historia tradicional de Israel hasta la época helenística. La primera es la *sociedad basada en el parentesco*, ligada a la familia, el clan o el grupo. La segunda, *la sociedad estatalizada*, es decir, aquella en la que las estructuras supra-familiares determinan la configuración social.

El estudio parte de dos cuestiones extraordinariamente complejas, pero igualmente determinantes en la historia e historiografía de Israel. La primera se refiere a qué se entiende por Israel, término pluralmente desde la historia social; la segunda, a cuándo comienza su historia. La idea de Israel aglutina, según Kessler, tres realidades: una homogeneidad étnica, que se expresa sobre todo en la construcción de una genealogía común; la referencia a una tierra propia; y la vinculación a un Dios, Yahvé, independientemente de que haya, quizá legítimamente, junto a él y con él, otras divinidades. Con respecto a los inicios de su historia, el investigador alemán establece, tras presentar la distinción entre prehistoria y auténtica historia, su origen en la primera edad del hierro (1200-1000) con lo que acerca notablemente el tiempo de los patriarcas, el éxodo y los jueces con respecto a la historia tradicional.

Una de las aportaciones derivadas del análisis de Israel como sociedad basada en el parentesco es presentar la simultaneidad o transición no abrupta de las primeras etapas de su historia frente a la clásica sucesión cronológica, por ejemplo, entre los patriarcas y las historias del éxodo, fijada y condicionada por el canon. La coexistencia de grupos y numerosas ciudades-estado que mantienen entre sí una tensa relación de cooperación y rivalidad, así como la pluralidad étnica, permiten rastrear distintas tradiciones y narraciones de los orígenes. Dicho de otro modo, la génesis de Israel como pueblo se plantea como un proceso evolutivo en el que subyace una combinación de historias acerca del origen. Apoyándose en los textos bíblicos afirma que Israel no puede derivar directamente de un único antepasado, como Abraham o Moisés. Sin embargo todas las historias de los orígenes, desde Abraham hasta los Jueces, tienen un trasfondo histórico del que surgen, el cual posteriormente se fusiona, yuxtapone

o se narra linealmente al construir la memoria del pasado. La narración bíblica trata de integrar las distintas tradiciones sobre el origen de Israel como una historia ininterrumpida.

La sociedad pre-estatal se asienta en una estructura básica de parentesco organizada en unidades segmentadas, como traducen las narraciones de Jueces. A mediados del siglo VIII a. C. comienza un proceso interno y lento, la creación de una sociedad de clases de la que, poco a poco, se gesta un estado con una sociedad que se va estratificando cada vez más en una clase superior y se va creando una estructura cortesana urbana, dominada por relaciones asimétricas de género y de grupo. La progresiva jerarquización convive con estructuras familiares previas, como la de los ancianos, y entra en confrontación con otras perspectivas y análisis sociales como los realizados por los profetas. Quizá uno de los aspectos más interesantes de la obra de Kessler es la claridad con la que muestra la idealización de la etapa de la monarquía unida, cómo perfila el tránsito de una sociedad pre-estatal a una estatal plenamente configurada y cómo presenta los gobiernos de Saúl, David y Salomón como estructuras locales en crecimiento, rebajando el poder de sus gobernantes al de un *primus inter pares* en un contexto en el que las familias y los clanes siguen siendo las unidades básicas de la sociedad y la economía. Este aspecto permite releer desde nuevas perspectivas los libros de Samuel y las historias de los reyes.

La experiencia de las invasiones y deportaciones asirio-babilónicas, desarrolladas en el capítulo 8, visibiliza la pluralidad de situaciones, grupos y nuevas realidades que se generan tanto en la tierra como en todos los lugares de la diáspora. Al mismo tiempo, presenta los principales problemas, como el de la propiedad de las tierras y la identidad grupal, que se generarán a la vuelta del gran destierro. La desaparición de una sociedad basada en el parentesco y la revisión de las estructuras de gobierno fuerza la creación de una identidad cuyos elementos centrales serán distintos entre los deportados a Babilonia, a Egipto o a otros territorios. Aquí aparece otro de los elementos enriquecedores de la historia de Kessler: el hecho de visibilizar a los grupos minoritarios, –como los que se quedan en la tierra, los samaritanos o los grupos residentes en Egipto–, que en otros estudios quedan eclipsados por la comunidad desterrada a Babilonia y que regresa para ejercer funciones de gobierno al término del exilio.

En el capítulo conclusivo se retoma y enfatiza que los cambios de época son fluidos aunque la exposición bíblica tienda a acentuar las transiciones entre los distintos períodos e incluso, a plantear notables

fracturas. Frente a ellas, un acercamiento social muestra que en toda evolución hay siempre elementos de continuidad que permiten que un grupo se reconozca a sí mismo. En cada período conviven elementos antiguos y nuevos que impiden que la identidad se diluya. Dicho de otro modo, «la existencia histórica tiene siempre dos vertientes: identidad y cambio» (287).

El autor ultima su excelente obra afirmando que «la historia social es un presupuesto necesario para una teología bíblica, al igual que la filología es indispensable para la comprensión de los textos. Los textos no pueden entenderse cabalmente a nivel teológico si no se conoce su entorno social o más exactamente el mundo social de quienes los producen y reciben como primer elemento» (288).

La obra de Rainer Kessler combina la claridad en la exposición con la novedad en las argumentaciones y acercamientos a los hechos. Tiene como valor el ser capaz de articular la clásica historia por épocas con una historia de las instituciones. Al resituar adecuadamente el pluralismo étnico y religioso de Israel permite visibilizar que su historia, como cualquier otra, es una construcción encaminada a crear y proteger la identidad y la memoria. Se echa de menos, sin embargo una reflexión más profunda sobre las causas que condicionan la presentación cronológica y lineal de la historia sagrada y el peso que el elemento religioso, junto con los factores sociales, económicos y políticos tiene en la evolución social.